

(Transcripción)

Roma, 3 de junio de 1984

El trabajo y el redescubrimiento de una conciencia social

Del tema de Chiara Lubich al congreso sobre Economía y trabajo promovido por el Movimiento Humanidad Nueva.

Queridos todos:

Nos encontramos hoy aquí reunidos procedentes de toda Italia, de otras naciones de Europa, con la representación de otros continentes, como personas del "mundo del trabajo", una expresión del Movimiento Humanidad Nueva, cuyo objetivo es encarnar en todas las manifestaciones de la vida humana el ideal evangélico del Movimiento de los Focolares.

¿Por qué estamos aquí?

Porque pensamos que el típico carisma de nuestro Movimiento tiene algo que decir en aspectos de la vida cotidiana como son la economía y el trabajo.

(...)

Ahora bien, los miembros del Movimiento de los Focolares, buscamos el Reino de Dios con un estilo propio: lo hemos de buscar según el camino que Dios nos ha indicado. Y el nuestro es un camino que no recorreremos solos, sino juntos. Nos sentimos hijos de una época en la que el Espíritu Santo subrayando la Palabra -síntesis del Evangelio: "Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (*Jn 15,12*), y resaltando la unidad invocada por Jesús al Padre, invita con fuerza a los hombres a caminar con los demás hombres, a ser con cuantos lo deseen un solo corazón y una sola alma.

Y esto trae importantes y notables consecuencias. Por ejemplo, para los miembros de nuestra Obra, desde su origen, no puede faltar como fundamento de cualquier otra actividad y consideración en orden al uso de los bienes, o en la solución de los problemas sociales, una expresión concreta muy característica: la comunión de los bienes, realizada plenamente por parte de algunos, o con la entrega periódica de lo superfluo por parte de otros.

Este principio, afectando personal y concretamente a cada uno, hace más legítima y fructuosa la búsqueda, luego, de cualquier otro medio bueno y lícito, para que todos tengan de qué vivir honesta y dignamente.

Y, ya que sabemos cómo caminar unidos en la vida, siendo un corazón y un alma sola, tenemos también la posibilidad de ayudar a la humanidad de hoy a fin de que alcance metas considerables.

La sociedad contemporánea, en su aspecto económico, se distingue por su producción industrial, por lo que el hombre a menudo se encuentra en una posición subordinada respecto a la eficacia y al rendimiento de la máquina.

El centro de todo el sistema productivo no es el hombre, sino la producción misma. Lo que cuenta es el beneficio y no el hombre y su trabajo.

Hoy día el obrero no le encuentra sentido a su trabajo, pues ya que Dios lo pensó en función del hombre, en realidad hoy no contribuye a realizar sus facultades creativas y su inteligencia. El trabajo se convierte en algo alienante. Incluso a veces atrofia física y aún más psíquicamente cuando se asume por falta de alternativas, como un mero instrumento de supervivencia. Por ello ocasiona, a menudo, un enorme vacío, con el consiguiente repudio por un trabajo así.

Además, junto al esfuerzo físico, hay otros elementos que en algunos sitios todavía pesan sobre el trabajo, como son la repetición de movimientos que hacen del hombre, en lugar de un ser hecho a imagen de Dios creador y por tanto siempre renovador, una máquina que repite los mismos movimientos, los mismos gestos.

También es de dominio público que el trabajo, en demasiados casos, es opresivo porque se ejecuta en favor de un grupo de hombres, solamente, o de naciones, y no para favorecer al hombre en sí mismo ni a todos los hombres.

Por ello -como afirma Juan Pablo II: «No se avanzará por el difícil camino de las indispensables transformaciones estructurales de la vida económica, si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones»¹.

En primer lugar habrá que reafirmar el primado del hombre sobre el capital, sobre la propiedad, sobre las estructuras, creando una ética del trabajo que tenga presente «que mediante el trabajo, el hombre (...) se realiza a sí mismo como hombre, es más, en algún sentido “se hace más hombre”»².

Pero hay una segunda conversión, que se tiene que realizar de parte de todos.

Es necesario que el ser humano recobre en sí mismo, en nombre de Dios que lo ha creado, la conciencia de su sociabilidad, de su ser social, sin la cual no sería completamente hombre. Según el Génesis, un elemento constitutivo del hombre -además de la comunión con Dios y de haber sido llamado a procurarse el sustento y a trabajar-, es la sociabilidad, su relación con los demás: con la mujer y con los hermanos.

Ya sabemos lo que significa según el pensamiento de Dios "sociabilidad" con los hermanos: significa amarlos como a nosotros mismos. Como a nosotros mismos; y no menos. Más aún, amarlos con un amor que, al provenir de varias personas, resulta recíproco y, al ser inspirado por Cristo, engendra la unidad.

Aquí cobra sentido el acento que hemos puesto poco antes en la necesidad de caminar juntos en la vida, siendo un solo corazón y una sola alma. En este caso puede contribuir, puede tener una cierta validez para solucionar los actuales problemas laborales, nuestra espiritualidad colectiva surgida del Evangelio.

Por ella, las personas, y, por consiguiente también cada persona que integra el mundo del trabajo (desde el propietario al administrador, del director a los técnicos, desde los empleados a los obreros), toda persona, para ser solidaria con los demás los ama hasta ser una sola cosa con ellos.

Por ella nos sentimos impulsados a comprendernos mutuamente, a hacer propios los esfuerzos de los demás, a sentir como propios los problemas de los otros, a buscar juntos las soluciones. Ella nos lleva a buscar de común acuerdo nuevas formas de organizar el trabajo. Se llega así a "compartir" y "participar" de los medios de producción y del fruto del trabajo.

¿Con cuáles resultados?

Si antes, por ejemplo, para un obrero el trabajo industrializado era aplastante y anulaba su propia personalidad, porque no lo descubría como un fruto de su inteligencia y de sus manos, ahora que considera suyo, suyo de verdad, todo lo que concierne a los demás, el trabajo no puede dejar de tener nuevamente un sentido, un extraordinario sentido.

Es necesario descubrir nuevamente una conciencia social. Hay que tomar conciencia de que en el mundo, la humanidad es una única familia. Por tanto, es necesario que se viva en consecuencia. Como en una familia, el último de 10 hijos siente suyo lo que pertenece a la familia: es suyo el padre, la madre, son suyos los bienes, la casa, los objetos, el jardín etc., así también cada trabajador y en especial el obrero, hoy día, para volver a sentirse hombre, o mejor, para sentirse más hombre en su trabajo, tiene que considerar también suyo cuanto produce el mundo industrializado.

Ciertamente, es difícil (y todos los días las noticias lo atestiguan), es difícil alcanzar estas metas sólo con la buena voluntad, únicamente con las fuerzas humanas, con una visión puramente terrena del trabajo.

¹ "Redemptor hominis" n.16

² "Laborem exercens" n.9

Por ejemplo, sabemos que la solidaridad fue la que impulsó a los obreros, en el siglo pasado, a luchar contra las injusticias del sistema industrial naciente. "Una justa reacción social" la definió Juan Pablo II.

Sin embargo, aunque desde entonces se han logrado reales mejoras en la salvaguardia de los derechos fundamentales de los trabajadores, aún en muchos países, bajo diversos sistemas, persisten las injusticias y se han originado otras más.

Y es que no basta unir a los trabajadores para resolver los problemas económicos. Es necesario que se unan todas las personas del mundo del trabajo.

Más aún, el mismo mundo del trabajo está ligado a todos los demás "mundos" de la existencia humana: al mundo de la política, de la moral pública, de la sanidad, de la enseñanza, etc.

Si queremos que para cada individuo también el trabajo readquiera pleno sentido, es necesario que se despierte una vasta conciencia social. Todavía más, puesto que la economía de cada País está vinculada a la de otros Países, se necesita una conciencia social -como afirma también el Papa- de dimensiones planetarias.

Ahora bien ¿quién podrá ayudar al ser humano a realizar plenamente esto? ¿A considerarse miembro de la gran familia humana, "sin renunciar a sus vínculos de pertenencia familiares, a su pueblo, a su nación, ni a las obligaciones que de ello se derivan..."³? ¿Si él, al interrumpir por medio del pecado la comunión con Dios, ha alterado gravemente, una y otra vez, también la comunión con los hermanos comprometiendo así la solidaridad humana?

Sólo con su amor se puede construir, con toda certeza, un mundo donde prevalezcan la justicia y la paz.

Y, en lo referente al trabajo, donde el egoísmo y el odio, son considerados, no raramente, como ley fundamental de la vida social, podrán ser eliminados con su amor.

Con su amor, en las comunidades laborales se comprenderá que para una mejora del trabajo es más útil la unidad que la rivalidad.

Con su amor, la vida misma de la sociedad no se interpretará como una lucha contra alguien, sino como el compromiso de crecer juntos.

Por tanto, sólo una nueva civilización basada en el amor podrá decir una palabra eficaz, incluso en favor de los complejos problemas del trabajo.

A esta civilización del amor nosotros nos sentimos particularmente llamados.

Muchas veces nos hemos preguntado por qué Dios nos habrá difundido por toda la tierra formando una red, todavía sutil en algunos puntos, pero que ya abraza el mundo y que será cada vez más espesa.

Una respuesta podría ser esta: también nosotros debemos dar nuestra aportación, en nombre de Dios, para que crezca en las personas una mayor conciencia social mundial; contribuir así mismo a que haya por doquier personas llenas del Espíritu de Cristo que, formadas al contacto con culturas de todas las latitudes, puedan abrir el camino a muchas otras, y ensanchar el corazón de tantos hasta abrazar el mundo entero.

De esta manera asistiremos a un enorme desarrollo del bien en el mundo del trabajo. Y los resultados serán imprevisibles si pensamos que, precisamente con el amor recíproco cristiano, Cristo que ha dicho: "Donde están dos o tres reunidos en mí nombre, allí estoy en medio de ellos" (*Mt.18, 20*), estará nuevamente presente en nuestro mundo. Su presencia espiritual, pero real, estará allí, en medio de los obreros en los talleres y en las fábricas, en las construcciones, entre los mineros; estará con los campesinos en los campos, se le encontrará entre los comerciantes, entre los encargados de los servicios públicos, en cualquier ambiente de trabajo.

³ Cf. Juan Pablo, Discurso a la Conferencia de la OIT, n. 10, Ginebra, 15.6.1982.

Él guiará el mundo del trabajo hacia su verdadero destino.

Muchas veces nos imaginamos a Cristo demasiado elevado y lejano. Es verdad que es Dios, pero es también hombre, uno de nosotros, que también hoy quiere vivir entre los hombres e iluminar con su sabiduría la belleza y el enorme significado del trabajo.

Será Cristo, y sólo Cristo, quien rescatará plenamente al hombre del trabajo, liberándolo de las nuevas esclavitudes del 2000.

Es necesaria, pues, una nueva conciencia social de dimensiones planetarias.

Solamente personas con la conciencia abierta al mundo entero, hombres-humanidad, por decirlo así, u "hombres-mundo" como los hemos definido con nuestros Gen, hombres que tratan de dilatar su corazón al de Cristo Hombre-Dios, pueden alcanzar hoy aquella realeza a la que Dios llama a todo hombre.

Porque hay, en efecto, una visión materialista del trabajo y de la historia que afirma el primado de la producción (visión capitalista); y otra que afirma el trabajo del hombre como factor determinante de la historia prescindiendo totalmente de lo trascendente (visión marxista).

Existe, en cambio, una visión cristiana del trabajo y de la historia que difiere radicalmente de estas anteriores.

Por ella, cuando el hombre acepta basar toda su vida, y por tanto también el trabajo, en el amor universal hacia todos los hombres, Dios lo asocia a su obra creadora y redentora.

Dios creador el séptimo día descansó, como dando a entender que desde aquel momento empezaba el turno del hombre que continuaba su obra.

En efecto, mediante el trabajo las personas dejan su impronta en la naturaleza; pero ya que el hombre, al amar, vive como imagen de Dios, entonces la naturaleza transformada por él -o sea, su obra- se convierte casi en obra de Dios.

El ser humano continúa, pues, la labor de Dios creador.

Y, en cierta manera, continúa también la redención de Cristo.

Sabemos que existe una estrecha relación entre el cosmos y el hombre: el hombre fue formado de la tierra y vuelve a la tierra, vive de los frutos de la tierra, respira el aire que lo circunda... Y sabemos que el pecado del hombre también tuvo sus consecuencias en el cosmos, esto es, destruyó su armonía original.

"Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida" (*Gen 3,17*). Y desde entonces, a todo trabajo se ha unido inevitablemente la fatiga y el dolor.

Pero Dios manda a su hijo a la tierra, y la redención que él realiza, alcanza al ser humano en su totalidad, y por tanto también su trabajo. El esfuerzo y el dolor persisten, pero el hombre que ama a través de ellos, de algún modo colabora con el Hijo de Dios a la redención del hombre y a su elevación como hijo de Dios, es decir, a participar de aquella realidad que llamamos el Reino de Dios.

Y la redención, a través del hombre, abarca todo lo creado.

La redención cósmica de Cristo ya está cumplida. Pero, ya que en nosotros y por medio nuestro se realiza en la medida en que vivimos movidos por el Espíritu de Cristo, también "la creación está aguardando en anhelante espera -como dice S. Pablo- la revelación de los hijos de Dios; (...) con la esperanza de ser liberada (...). Gime hasta el presente y sufre dolores de parto..." (*Rom 8,19-22*).

¿Por qué gime y sufre? En espera de cielos nuevos y de una tierra nueva.

«Ignoramos el tiempo -dice el Vaticano II- en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra»⁴.

"Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva -dice el Apocalipsis- porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron (...). Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén (...). Y oí una fuerte voz que

⁴ GS. 39.

decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos... »" (Ap. 21,1-5).

Esta es la visión cristiana de las cosas; a ella debemos mirar como futuro que a todos nos espera, y que podemos soñar como nuestro, si contribuimos con el trabajo realizado en unión con Dios creador y redentor.

Esta transformación, que es en primer lugar don de Dios, mediante su Espíritu, requiere también un compromiso por parte del hombre, y participa de ella en la medida en que, a través del dolor y del trabajo, se une a la muerte de Cristo.

El trabajo, pues, como continuación de la obra creadora de Dios.

El esfuerzo del trabajo como aportación a la redención del hombre y a la restauración del cosmos.

Esta es también la realidad que podemos ya desde ahora anticipar, en cierto modo, aquí en la tierra, construyendo, mediante el amor universal hacia todos los hombres, ese Reino que ya puede manifestarse y que transforma cada uno de nuestros ambientes de trabajo en "morada de Dios con los hombres".

Es, en realidad, una vida de auténtica fe que podrá ayudar también a los cristianos de este siglo, unidos a todos los hombres de buena voluntad, a resolver los graves problemas sociales de hoy.

No podemos dejar que falte nuestra aportación en este sentido.

Los primeros cristianos, porque vivían de un modo radical el amor recíproco y porque miraban al Cielo nuevo y la tierra nueva que les esperaba, resolvieron casi sin darse cuenta, con métodos adecuados a su tiempo, sus asuntos económicos: "no había entre ellos ningún necesitado" (*Hech* 4,34). Del mismo modo nosotros, si tenemos el valor de creer plenamente también hoy en Cristo; si vivimos con todas las fuerzas su palabra y construimos así su Reino de amor entre los hombres, encontraremos los modos y los métodos para que, en este siglo marcado por el hambre, las discriminaciones, los desniveles sociales, por el peligro de catástrofes nucleares, haya el menor número posible de indigentes.

Chiara Lubich